

LA TEATRALIDAD DE LA INDIFERENCIA CONTEMPORÁNEA

Mientras pensaba cómo la modernidad histórica pretendió ocultar y expulsar a todo lo ambiguo, y cómo su liberación suele ser uno de los signos de nuestros tiempos, recuerdo la parodia que el actor español Miguel Bosé realiza de una famosa cantante de boleros de la España puritana de los años '60. En el filme *Tacones lejanos*, el director Almodóvar hizo de dicho actor un travesti que jugaba a ser travesti en la imitación de los gestos de la famosa cantante. Era un juego en el que participaba un hombre que, durante el día, era un investigador de la policía rastreando las causas de un asesinato. También parecía ser un hijo ejemplar, compartiendo las pasiones de su madre por la particular carrera artística de una cantante de boleros. No obstante, por las noches, bajo su travestismo nada improvisado, ironizaba los signos de lo femenino en la ironía-imitación de aquella mujer-cantante. Ironía que, fundamentalmente, no denotaba homosexualismo, sino una pura indiferencia hacia las distinciones rígidas entre lo masculino y lo femenino. Nada de patologías u objeto del psicoanálisis. Sujeto fragmentado, este policía-investigador-travesti-hombre, que termina haciendo el amor en el camarín con la principal sospechosa del asesinato, participa de una indeterminación creciente, de un juego de subjetividades aleatorias. ¿Dónde comienza la imitación, el hombre-policía y el travesti? Almodóvar quiso que todas las figuras de su filme participen de una especie de conmutación incesante, es decir, de un principio de incertidumbre.

Y justamente, este principio de incertidumbre, de travestismo indiferente, es lo que experimentamos como condición de vivir "después de la orgía", como dice Jean Baudrillard, después del momento explosivo de la modernidad (de la liberación de todos los discursos emancipatorios), donde todo parece presentarse ahí para poder "simular la orgía y la liberación". Para Baudrillard, "vivimos en la reproducción indefinida de ideales, de fantasías, de imágenes, de sueños que ahora quedan a nuestras espaldas y que, sin embargo, tenemos que reproducir en una especie de indiferencia fatal".

Por esto, sería ridículo asignarle un papel crítico a ese travesti de Almodóvar, el reflejo de una radicalización de lo femenino o una desenfrenada manifestación de instituirse en "cosa real" (en cuanto su fuerza expresiva así lo sugiere), sino (en todo caso) una ironía hacia la propia imagen que se construye sobre lo femenino. No existe entonces dualidad sexual o la liberación y visibilidad de una experiencia sexual concreta. Aquí la figura del travesti ha perdido su asignable valor sexual para ingresar en una lógica de las representaciones "suaves" y "frías", vacías de valores a los que hacer alguna referencia. Si esto resulta así en todos los sentidos, nadie parece estar a salvo de la indeterminación estructural de nuestras vidas, de la pérdida de los valores que orientaban nuestras inquietudes y deseos, temores y conductas. Los valores se intercambian y la indiferencia es total. Si la pérdida de valores conlleva la indiferencia, ésta conduce a una nueva condición existencial, a una sociabilidad de nuevo tipo.

Y esto no debe entenderse como el producto de un individualismo en crecimiento, un individualismo definido como crisis de las solidaridades colectivistas y las relaciones sociales igualitarias. Veamos, tan sólo, en el inmenso desinterés que han caído, en los últimos tiempos, todas las instituciones, normas y finalidades que organizaban el imaginario moderno. El conocimiento, el poder, el trabajo, la familia, el partido político, los sin-



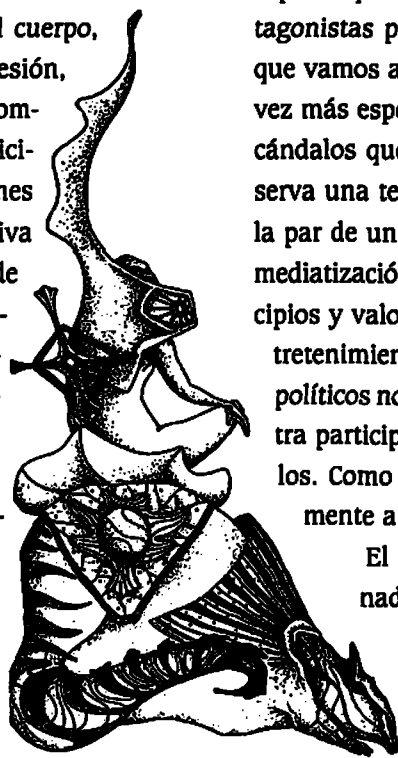
Restituidos al reino (detalle), 1974

dicatos, ya dejaron de funcionar como articuladores o principios absolutos e intocables. Cada vez parecen ser menos los que invierten algo de su tiempo cotidiano en ellos. La inseguridad laboral y la flexibilidad corroen la ética del esfuerzo y el trabajo, y los deseos por vacaciones, por tiempo libre y por trabajar en casa cada vez son más perceptibles. Mientras tanto, la familia parece banalizarse en sus cimientos originales, creciendo el número de divorcios, instalándose una confusa y en ocasiones competitiva relación entre padres que quieren continuar siendo jóvenes e hijos herederos de la *body culture*, e incrementándose el número de parejas que prefieren lazos menos rígidos, más libres y mutables. Quién cree en el ahorro, cuando la tarjeta de crédito nos facilita el consumo «aquí y ahora». Y quién cree que lo político es un espacio privilegiado de debate de nuestras preocupaciones diarias y anhelos futuros. Lo que es curioso es que nada de esto nos pone nerviosos, nos altera o preocupa demasiado. Sabemos que todo continúa funcionando, las instituciones se desarrollan y reproducen, aunque sin grandes adhesiones visibles. No obstante, a diferencia de lo que Nietzsche pensara, todo sucede no por la racionalidad y la previsibilidad que gobiernan todos estos procesos, sino por el vacío emocional, por la inconsistencia indiferente en que se efectúan las relaciones sociales. Nos vamos acostumbrando a vivir en espacios intermedios, en espacios desérticos, pero sin angustias y desesperos: la indiferencia ahora no es infelicidad por ausencia de

algo trascendente, por la "muerte de Dios", y si las grandes finalidades no logran seducir más, a nadie le importa demasiado.

El nihilismo nietzscheano, que manifestaba que cualquier sentido es preferible a la completa ausencia de sentido, dejó de existir en nuestro presente. Las antinomias rígidas, las de lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo, lo real y la ilusión se diluyen en un espacio fluctuante que nos anuncia la posibilidad de vivir bajo una multiplicidad de sentidos, sin las finalidades propias del artificio moderno. La propia necesidad de sentido fue exiliada por la asunción de una heterogeneidad de mundos posibles, por el cansancio a la entrega existencial a algún valor por encima de otro, por la flexibilidad del *self-service* y una sensibilidad *light*.

El individualismo posmoderno está ahí, en la pasión por el cuerpo, por la comunicación y expresión, por la participación sin un compromiso estable, en la publicidad y proliferación de imágenes en los medios, en la definitiva substracción emancipatoria de todo discurso. Como bien afirma Gilles Lipovetsky, el individuo posmoderno es su propio militante. Y cómo no comprender esta condición en tanto espacios sociales y simbólicos antes sacralizados, como la política y la enseñanza, han entrado en un espiral de constante e irreversible banalización. La influencia de los medios de comunicación como agente de



Restituidos al retino
(detalle), 1974.

difusión cultural, la apatía escolar, indiferencia y atención dispersa de los jóvenes alumnos (que repercute en la violencia que protagonizan), convierten a la enseñanza en una maquinaria neutralizada por el escepticismo que parece envolverla. Los institutos de enseñanza, antes de encarnar la metáfora represiva que Pink Floyd reflejó en *The Wall*, se parecen mucho más a un desierto en el que educadores y estudiantes vegetan sin grandes motivaciones. No obstante, los discursos de los especialistas y pedagogos continúan ofreciendo más participación y libertades para los estudiantes, más investigación pedagógica, como forma de pretender encontrar las salidas educativas acordes a los cambios culturales y económicos. De todas maneras, se puede percibir que cuanto más se intenta escuchar y hacer participar a los alumnos de los destinos de la tarea educativa, más éstos desertan sin mucho escándalo de ese lugar vacío, convirtiéndose a corto plazo en simples cifras de estadísticas que alarman, en ocasiones, a las autoridades. ¿Qué decir entonces de la política como la conocemos actualmente? No es necesario, según creo, afirmar el descrédito mayoritario hacia lo político y lo público. La política es aburrida, un espacio que despierta una curiosidad dispersa, con protagonistas poco sensibles a los intereses y necesidades que vamos adquiriendo día a día. Por otro lado, es cada vez más espectacularizada, parece legitimarse en los escándalos que protagoniza, parece leída como quien observa una telenovela de las cuatro de la tarde, puesta a la par de un juego de fútbol o un recital de U2. En esta mediatización consecuente se inscribe la ausencia de principios y valores, en la medida que también se torna entretenimiento. Claro es que esto no quiere decir que los políticos no continúen allí y que no sea reclamada nuestra participación cada cuatro o cinco años para elegirlos. Como ya se dijo, todo parece funcionar paralelamente a nuestra ironía e indiferencia.

El futuro y el progreso ya no entusiasman a nadie, y los valores ejes de nuestras vidas parecen refugiarse en el espacio privado. Mucho más que una moda (y en absoluto una ideología), este clima cultural posmoderno revela el proceso de una indiferencia en que todos los gustos, comportamientos,

estilos de vida y valores, pueden coexistir sin excluirse, en una atmósfera sociocultural desestabilizada, sin referencias estables y sin coordenadas principales. Todo parece subordinado (y de manera fundamental las cuestiones públicas, como la ecología o los conflictos bélicos) a una lógica del movimiento en la que se llega a movilizar a la gente por un tiempo, para luego desaparecer tan rápido como todo aparece. Realidad fluida, de lo temporario, del "sincretismo individualista", que consagra combinaciones de diversas realidades que nos son indiferentes.

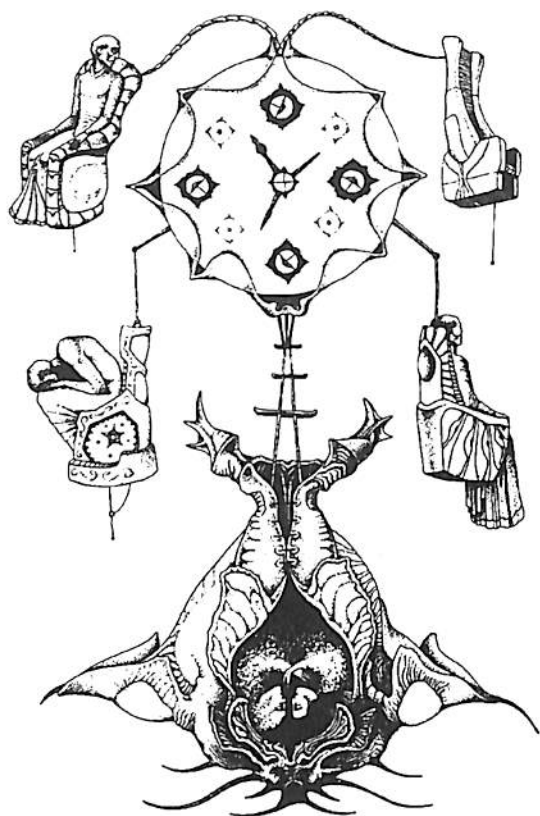
Deserción e indiferencia que no tiene nada que ver con el individuo alienado de Marx. Define mucho más una nueva conciencia y sensibilidad, no una "inconsciencia", depreciación o pasividad, resignación o mistificación, ausencia de reflexividad o mimetismo. Se deben abandonar los códigos binarios de la racionalidad moderna. Indiferencia y resistencia parecen darse la mano cuando es observable el comportamiento desorganizado en saqueos a supermercados, en la violencia de los desempleados en las calles y en las huelgas de los trabajadores. Mitad de camino entre la indiferencia y el compromiso a mediano plazo, entre la resistencia inmediata y los proyectos de vida particulares. No obstante, la indiferencia es la que reina, porque aquí no se evidencia el desespero del trabajador alienado y oprimido por un ambiente-máquina ni el pesimismo introspectivo del nihilismo nietzscheano. Indiferencia que, cuidado, no representa un proceso que resulta en el déficit de sentido o de una especie de carencia de sentido, y mucho menos una ausencia de socialización y la consiguiente atomización social. Se trata más bien de una nueva sociabilidad, flexible y dinámica, menos predeterminada y notoriamente ambigua.

Sucede que esta misma sociabilidad del *self-service* da inicio a una desmotivación y abandono progresivo de lo público. La *new age* puede ser la imagen más estereotipada de un proceso de "psicologización de lo social", del auge de las terapias relacionales, del interés por la comunicación, transformada en valor por excelencia en tanto remite a nuestro entorno privado, propio, auto-estructurado y celosamente protegido cuando



existen ataques. Por eso, el mundo de la responsabilidad parece agotarse con uno mismo, pues ha quedado en la teoría el compromiso que las instituciones reguladoras de lo social nos reclaman, exigiéndonos más responsabilidades y deberes ciudadanos, una responsabilidad a la que se parece jugar bajo la indiferencia e ironía que posibilitan de forma apenas necesaria, que continúen su dinámica los poderes burocráticos.

Hemos sido contaminados por el efecto de la indiferencia. No está siendo fácil, aparentemente para muchos, vivir "después de la orgía" que mencionaba Baudrillard. Las mujeres y hombres de hoy no parecen apegarse demasiado a las cosas, ni siquiera a un espacio geográfico, a su barrio, a su país: los flujos migratorios y la ace-



El mañana de ayer, 1973.

lerada movilidad no pueden ocultarse. Tampoco parecen tener certezas absolutas sobre nada, están preparados para todo y sus opiniones son susceptibles a continuas oscilaciones y cambios rápidos. Pero esto no es lo significativo, sino la conciencia que tienen de que así sucede. Es lo importante, algo parecido a cuando se sueña y se sabe que se está soñando.

Apasionados por el presente, nuestra condición de individuos de "un futuro que ya llegó" diluye todos los estatutos rígidos y oposiciones irreconciliables, descentra nuestras experiencias en la medida que deconstruye nuestras identidades y las resemantiza en combinaciones inesperadas. Todo pasa por un proceso de desmontaje y de fuertes transformaciones. Se establecen nuevas figuras, a veces estridentes, como sinónimos de un mun-

do que gusta brillar en las luces de neón y las inmensas pantallas publicitarias de las calles. Así, esta silenciosa deserción de los papeles e identificaciones instituidas y fijas, de las dualidades clásicas, transforma nuestro ambiente en un paisaje contingente y aleatorio, un juego performativo, extremadamente rico en singularidades complejas. Las fronteras de sentido se confunden o se mezclan, ya que se vive en ellas como escenario ambiguo e indiferente. Las prioridades vacilan, surgiendo nuevos puntos de referencia menos estáticos. La indiferencia contemporánea no refleja ausencia de algo, sino la condición de existencia en un mundo social y cultural que celebra la pérdida de las valoraciones y compromisos instituidos desde larga fecha, una condición de sociabilidad de nuevo rostro bajo la autopista del abandono de los valores e instituciones modernas. Y sobre estos restos, ¿qué otros aparecen en la vorágine de cada autopista? La indiferencia crece. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Baudrillard, Jean (1991), *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*, Barcelona, Anagrama.
- Bauman, Zigmunt (1999), *Modernidade e ambivalencia*, Rio de Janeiro, Ed. Zahar.
- (2001), *Modernidade Líquida*, Rio de Janeiro, Ed. Zahar.
- Bell, Daniel. (1992), *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza.
- Berger, Peter & Thomas Luckman (1983), *A construção social da realidade*, Petrópolis, Vozes.
- Eco, Umberto (1984), *Viagem na irrealidade cotidiana*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira.
- Gergen, Kenneth (1992), *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós.
- Lipovetsky, Gilles (1994a), *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona, Anagrama.
- (1994b), *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama.
- Maffesoli, Michel (1996), *No fundo das aparências*, Petrópolis, Vozes.
- (2001), *Sobre o nomadismo. Vagabundagens pós-modernas*, Rio de Janeiro, Record.